

rey, pero vió con maligna alegría la inesperada evolución que se iba realizando en la conducta del nuevo monarca desde que se creyó seguro. Entre los pequeños dinásticos, de cuyo seno se había elevado á tan inesperada altura, y que eran los antiguos enemigos de los príncipes á quienes debía la corona, fué á buscar Adolfo su principal apoyo. Las alianzas que contrajo en los territorios del Rhin llenaron de recelo al arzobispo de Colonia especialmente; Adolfo se atrajo, en los países del Sur, á los de Wittelsbach, que hasta entonces se habían mantenido fieles á los Habsburgos. Apelando á medios de poca apariencia y despreciando abiertamente los compromisos solemnemente contraídos, acabó por conquistarse una posición que le permitía tender á mas grandes fines.



Sello del emperador Rodolfo I (tamaño del original)

†: RVDOLFVS: DEI: GRACIA: ROMANORVM: REX: SEMPER: AVGVSTVS:

(Real Archivo secreto del Estado, en Berlin)

xilios pecuniarios que el rey Eduardo I de Inglaterra le proporcionó para inducirle, por este medio, á un ataque contra Francia, la aliada de Escocia. El hecho de haberle prohibido el Papa, aliado de Francia, ese ataque dió á Adolfo un cómodo pretexto para sustraerse á las obligaciones que había contraído. La empresa de Meissen tuvo buen éxito en un principio: dos campañas pusieron á este país en manos del rey, y según parece mas adelante firmó Adolfo con el landgrave, que odiaba á sus hijos, un tratado que le daba probabilidades de ser su sucesor en la Turingia. Como Federico y Diezmann defendieron enérgicamente su derecho, aquel pobre país fué teatro de una guerra devastadora, de la que era exclusivamente responsable la ambición del antiguo conde, que á la sazón empeñaba luchas violentas, poniéndose en funesta contradicción con sus antecesores, cuyos gobiernos habían mirado con tanto interés por la paz. Las simpatías que entre la nobleza y el pueblo se captó Adolfo por su intento de emanciparse de los electores eclesiásticos desaparecieron ante los horrores por él ocasionados. Todos se separaban de él y se preparaba una catástrofe cuya víctima era de antemano por todos abandonada y no debía ser por nadie

También trató de conseguir un poderío dinástico que le asegurara contra la mala voluntad de los desilusionados príncipes electores: su propósito era, á lo que parece, seguir el ejemplo de los Habsburgos, es decir, lo que éstos habían logrado en Austria alcanzarlo él en Turingia y en Meissen, donde había estallado una lucha entre el indómito landgrave Alberto y sus hijos Federico y Diezmann, á causa de las pretensiones que uno y otros formulaban sobre la herencia del margrave de Meissen, muerto en 1291, de la cual se habían apoderado los últimos. Adolfo se hizo ceder por el landgrave los supuestos derechos, y cuando los hijos de éste se negaron á entregar los feudos del imperio que con la herencia habían adquirido, lanzóse al campo contra ellos con los au-

compadecida. Pero dada la situación en que se encontraban las cosas, para derribar aquella poco gloriosa monarquía condal no podía apelarse mas que á Alberto de Austria, á quien antes se había negado la corona. Los príncipes mismos le dieron entonces una satisfacción y reconocieron el derecho hasta entonces disputado de su familia á ocupar el trono, pues cualquiera otra combinación ofrecía el peligro de que el duque austriaco se pasara al bando enemigo, dando con ello á Adolfo un aliado cuyo auxilio podía quizás salvarle de la tormenta que le amenazaba.

De suerte que desde un principio Alberto de Austria se presentó como pretendiente enfrente del apurado rey, contando con el apoyo de todos los adversarios del monarca, pero también tuvo que experimentar en todas partes los efectos de la hostilidad de Adolfo. Alberto estaba en amistosas relaciones con Felipe IV de Francia, y Adolfo excitó contra el severo duque á toda la inquieta nobleza austriaca y styria. Mientras Adolfo ayudaba al antiguo adversario de Alberto, el arzobispo de Salzburgo, Alberto abrazaba el partido de los hijos de Meinhardo de Carintia, que estaban en lucha con el monarca. Uno y otro procuraban atraerse al débil rey de

Bohemia, que se veía amenazado por graves dificultades interiores y que acabó por abrazar la causa del Habsburgo, con cuyo auxilio pensaba apoderarse de Meissen. De esta suerte fué formando poco á poco una gran alianza de príncipes contra Adolfo de Nassau, reuniéndose todos los que de ella formaban parte en 1297 en Praga, con motivo de la solemne coronación de Wenceslao II. El ingreso de Gerardo de Maguncia en esta liga, verificado en aquella ocasión, fué la señal de comenzar la acción. Después de celebrada en 1298 una dieta en Viena, el arzobispo de Maguncia invitó al rey Adolfo y al duque Alberto á que sometieran pacíficamente sus diferencias, tan peligrosas para la paz del imperio, á la reunión que los príncipes electores celebrarían en el mes de mayo en Francfort. Bajo la apariencia de una mediación pacífica se ocultaba la destitución, previamente acordada, del indómito rey, procedimiento inaudito é ilegal que por sí solo hubiera bastado para que el que se veía amenazado tuviera á su lado á la nación entera, tanto mas cuanto que antes de ser dictada la sentencia, Alberto de Austria se encargó de proceder contra Adolfo en nombre de los príncipes electores.

En la primavera de 1298 estalló, pues, la guerra por la corona. Al intentar Alberto abrirse paso con su ejército para ir á Francfort, vióse detenido en la Alta Alsacia por Adolfo y los suyos. A consecuencia de esto, no pudo celebrarse la dieta de Francfort, y se citó de nuevo para mediados de junio á una reunión en Maguncia. No sin razón sospechó Alberto que detrás de esto se ocultaba el designio de dejarle á él también á un lado: desconfiaba especialmente de Gerardo de Eppenstein, y por esto se guardó muy bien de dar ningún paso decisivo sin haberse antes asegurado de aquel hombre artero. Por esto se dirigió apresuradamente á Maguncia, pues una vez allí podía fácilmente acabar con todos los subterfugios, y habiendo conseguido evitar el encuentro de Adolfo, llegó en el segundo plazo señalado á las cercanías de aquella ciudad. Entretanto, solo se habían presentado personalmente en ella los electores de Brandeburgo y de Sajonia; los demás, á excepción del arzobispo de Tréveris, que era favorable á Adolfo y se mantenía por lo mismo en una actitud prudente y reservada, tomaron parte por medio de plenipotenciarios en los inauditos acuerdos que se adoptaron en Maguncia, como consecuencia del pretendido derecho de sufragio de los príncipes electores, y que constituían un peligroso paso hacia adelante en la senda de la completa destrucción de la ya relajada federación del imperio. El arzobispo de Maguncia formuló acusaciones formales contra Adolfo, tales como hostilidad á la Iglesia y al clero, violación de los derechos correspondientes á los príncipes, quebrantamiento de la paz del país y el desencadenamiento de una guerra civil; por todo lo cual sostuvo que había perdido sus derechos á la corona. Los electores le sentenciaron entonces á perderla, y este procedimiento puso á la monarquía en un terreno completamente nuevo, haciéndola dependiente del capricho de los príncipes, de una manera hasta entonces inusitada, prohibiéndole atentar de ningún modo contra lo que ellos llamaban su derecho é imposibilitando, en suma, la soberanía real. Después de destituido Adolfo, y á pesar de la protesta de Gerardo de Maguncia, fué proclamado rey, por los electores laicos, el duque Alberto, antes de que el astuto arzobispo hubiese podido asegurarse, por medio de tratados especiales, una influencia decisiva sobre el nuevo gobierno. Debióse esta elección á que necesitándose del belicoso duque, hubo de dársele de buena ó mala gana lo que pedía. Pocos días después tuvo efecto el acontecimiento decisivo: Adolfo, para impedir la marcha que suponía había de seguir Alberto, interceptó el camino entre

Worms y Kaiserslautern, antes de recibir los auxilios de las ciudades aliadas, que se habían puesto ya en camino. Al intentar Adolfo romper las fuertes posiciones del adversario, trabóse en 2 de julio de 1298 en el Hasenbuhlen, cerca de Göllheim, un sangriento combate de caballería que, después



Losa sepulcral del emperador Rodolfo I, en la catedral de Spira.

Inscripción: RVDOLFVS. DE. HABESBVRG. ROMANORVM. REX. ANNO. REGNI. SVI. XVIII. O(biit). ANNO. D(omi)NI. MCC. XCI. + MENSE. IVLIO. IN. DIE. DIVISIONIS. AP(osto)RVVM.

de varias peripecias, quedó decidido con la muerte de Adolfo. Los partidarios de éste, llevando al frente á los duques Rodolfo y Oton de Baviera, abandonaron el campo con grandes pérdidas.

La batalla de Göllheim hizo á Alberto dueño del imperio; así lo reconocieron sus propios enemigos secretos, por lo cual todos se apresuraron á sustituir la elección ilegal de Maguncia por una nueva elección en toda regla, que tuvo efecto el día 27 de julio en Francfort, después de haber con-

seguido Alberto atraerse al arzobispo Gerardo por medio de la confirmación de los privilegios que en otro tiempo le había concedido Adolfo. El nuevo rey se entendió de igual manera con los electores de Colonia y de Tréveris. Aparentemente, pues, habíase reconstituido la unidad del imperio cuando Alberto fué coronado en Aquisgran, en agosto del año 1298, y la dieta suntuosa que celebró luego en Nuremberg pareció asegurar á la monarquía una nueva era de poderío y de florecimiento. Con la subida de Alberto al trono vino un nuevo espíritu á animar la política real. El nuevo monarca, dotado de prudencia, de energía y de valor, parecía querer seguir, despues de los errores de los últimos años del desenvolvimiento de Alemania, la senda que en Francia había adoptado Felipe el Hermoso. Los primeros tiempos del segundo Habsburgo constituyen un notable episodio de la historia de Alemania, lleno de esperanzas que luego no se realizaron.

Los triunfos de Rodulfo de Habsburgo y luego los fracasos de Adolfo de Nassau habían robustecido los antagonismos que ya existían en el imperio. Una monarquía fuerte, convencida de su dignidad y á la altura de su misión, solo podía sostenerse, enfrente de la posición conquistada por los electores, por medio de una lucha contra éstos y de una alianza con los demás elementos de resistencia. Esta fué la política en un principio seguida por Alberto, política que no solo armonizaba con el estado de las cosas sino también con el carácter y con las tendencias del monarca. Alberto tenía fama de dominador, y se atrajo muchos enemigos con su conducta despótica y con su manera tiránica de poner su interés de príncipe por encima de todos los demás intereses sin consideración ninguna. Su provecho y el de la casa de Habsburgo coincidía á la sazón con el de la monarquía y con el de la nación; por esto vemos á Alberto entrar en una senda que prometía conducir á Alemania á una estrecha unión de todas sus fuerzas, como representante de una monarquía poderosa que tenía hondas raíces en la nación y que se parecía á la monarquía francesa bajo el cetro de Felipe el Hermoso. El hecho de que abandonara este camino y de que pactara vergonzosamente con los mismos adversarios á quienes amenazaba destruir, se explica menos por su carácter, que por la circunstancia de no haber encontrado en el tan dividido y en el cada vez más indisciplinado pueblo alemán aquel apoyo enérgico que á Felipe el Hermoso había dado amistosa y pródigamente la nación francesa al despertar su dormido espíritu nacional. Aquella política, que estaba en contradicción con los comienzos de la monarquía de Alberto y con las obligaciones contraídas en su segunda elección para con los electores eclesiásticos, tuvo su expresión característica en la estrecha alianza que concertó Alberto con el rey de Francia, cuyas ideas y sentimientos tantos puntos de contacto tenían con los suyos. Esta alianza fué la respuesta dada á Bonifacio VIII por haberse negado á reconocerle; pero el rey tendió muy pronto á mas vastos fines. Despues de varias entrevistas celebradas primero en Estrasburgo y luego en Vaucouleurs, los dos monarcas acordaron una acción común: los desposorios de Rodulfo, hijo de Alberto, con Beatriz, hija de Felipe, debían reconciliar para siempre los intereses de los Habsburgos y los de los Capetos, y al convenir las dos partes en ceder á la joven pareja sus pretensiones sobre el antiguo Arlés, tendían á la creación de un reino intermedio que prometía ser de brillante porvenir.

Los electores se opusieron enérgicamente á estos planes de Alberto, y los del Rin formaron en el otoño de 1300 una alianza contra «el que se titulaba rey de los alemanes,» atentando con ella directamente contra la corona. Alberto, siguiendo el ejemplo de su aliado francés, llamó á su auxilio

para la lucha que amenazaba estallar á las fuerzas de las ciudades, iniciándose entonces un movimiento notable que hizo concebir grandes esperanzas y que, de haber continuado con perseverancia, habría podido modificar radicalmente la situación de Alemania. Alberto estaba en camino de enmendar las faltas que con las ciudades alemanas se habían cometido en tiempo de Federico II y durante el interregno, aunque resultarían perjudicados los príncipes, que á costa de dichas ciudades se habían engrandecido. Al suprimir como suprimió los derechos de tránsito con que los electores del Rin explotaban y paralizaban el comercio y el paso por los ríos alemanes, les despojó de su principal fuente de ingresos y les privó de los medios de llevar á cabo sus tentativas para derribarle; al derogar las contradictorias leyes imperiales del tiempo de Federico II y al devolver á las ciudades la libre admisión de ciudadanos voluntarios y especialmente de ciudadanos del arrabal, favoreció el desarrollo de las poblaciones á costa de los príncipes vecinos de ellas y se conquistó la gratitud de todos los que querían trocar los servicios señoriales por los beneficios de la libertad municipal. El rey excitó también secretamente á que se levantara contra sus señores á los nobles del Rin, á quienes los arzobispos habían hecho perder su antigua libertad y que se veían oprimidos por la aristocracia feudal. Entonces la pequeña nobleza y la burguesía, dirigidas por el monarca, se unieron en un notable movimiento de independencia para atacar juntas la prepotencia de los príncipes, y esto creó para la monarquía una base completamente nueva. En la primavera de 1301, Alberto venció á Ruperto del Palatinado; poco despues fué reducido á obediencia el peligroso elector de Maguncia, y en el otoño del propio año sufrieron igual suerte los electores de Colonia y de Tréveris. La oposición de los príncipes del Rin, que había hecho perder la corona á Adolfo de Nassau, yacía vencida.

Estos triunfos del Habsburgo causaron profunda impresión fuera de Alemania, pues en manos de tal monarca el imperio alemán parecía que iba á volver á ser un poderoso factor con el cual habría que contar. Quien mas sintió los efectos de esta transformación fué Bonifacio VIII; en su conflicto con Felipe el Hermoso de Francia, la curia romana y sus planes de soberanía universal debían encontrarse en grave peligro desde el momento en que Alemania se uniera á la política antijerárquica y antipapal de su vecino. Despues de la victoria por Alberto conseguida sobre los príncipes electores del Rin, Alemania poseía los medios necesarios para un gran movimiento nacional. Por eso Bonifacio VIII, que de una manera ofensiva se había negado á reconocer como rey al Habsburgo, mostró de repente un espíritu de moderación; Alberto aceptó las proposiciones conciliadoras que le hizo el Papa, prefiriendo las ventajas seguras que la reconciliación le reportaba á las mayores pero inseguras que podría proporcionarle la continuación de la política hasta entonces seguida de lucha con el pontificado y con los príncipes, tanto mas cuanto que esta política nacional estaba en contradicción con su carácter y no era por mucho tiempo compatible con sus ambiciosos planes dinásticos. En su consecuencia, en el verano de 1303 firmóse el tratado entre Alberto y Bonifacio VIII, desventajoso y humillante para el primero, pues no solo se reproducían en él las concesiones hechas por Rodulfo de Habsburgo á Gregorio X, sino que además Alberto se confesaba conforme con las teorías jerárquicas de Bonifacio VIII y se comprometía á combatir contra los enemigos del Papa cuando éste se lo indicara. Ciertamente tales palabras no podían tener nunca una importancia práctica, pues Alberto evadió el renunciar, como se le exigía, á los derechos que tenía el imperio en la Lombardía y en

Toscana, por mas que no pensara seguramente hacerlos valer. Tampoco hay que tomar en serio la condición de que para la elección de un hijo de Alberto fuese necesario el consentimiento pontificio, condición fundada en que la esposa de Alberto, la reina Isabel, como hermanastra de Conradino, pertenecía á la familia Staufén, anatematizada por la Iglesia. Todas estas estipulaciones halagaron el orgullo de Bonifacio VIII y eran concesiones que por mera fórmula hizo Alberto al Papa y á las tradiciones jerárquicas. Lo esencial de este tratado era para el Pontífice simplemente la promesa del rey de abandonar todos los compromisos que para con los príncipes extranjeros había contraído, y especialmente la íntima alianza con el rey de Francia, que tantos temores inspiraba con razón á la curia. Esto era lo que entonces trataba de conseguir Bonifacio VIII. Para Alemania este pacto, que en realidad no ligaba seriamente á Alberto, significaba desgraciadamente la muerte de la enérgica política nacional, apenas comenzada, de la cual podía esperarse la restauración del imperio bajo una monarquía fuerte y apoyada en la baja nobleza y en la burguesía. Esta política era incompatible con la dependencia, aun cuando solo fuese nominal, de Bonifacio VIII.

Alberto I siguió en lo sucesivo accidentalmente la misma senda que su inmediato antecesor; pero no fué mas afortunado que éste en su empresa, y la contradicción que existía entre lo que se proponía y lo que alcanzaba debilitó sus fuerzas y le colocó en una situación bajo todos conceptos crítica. La infructuosa tentativa que hizo, á la muerte de los condes de Holanda, Zelanda y Frisia, para apoderarse de estos ricos territorios, so pretexto de que eran feudos imperiales caducados, le atrajo gran número de enemigos. Tampoco obtuvo resultado alguno el ataque que intentó en la primavera de 1307 contra Meissen y Turingia, pues su ejército, mandado por el burgrave Federico II de Nuremberg, sufrió una terrible derrota y tuvo que abandonar precipitadamente el país. Asimismo fué desgraciado el éxito de una tentativa encaminada á reconquistar la Bohemia: el joven monarca de esta nación, Wenceslao III, había sido asesinado en 1308, y extinguida la línea masculina de Przemislaw, Alberto trabajó para casar á su hijo Rodulfo con la polaca Isabel, viuda de Wenceslao II y madre del asesinado, y para que en virtud de este matrimonio se le proclamara rey. Pero Rodulfo murió poco despues y la malquista soberanía de los Habsburgos no pudo sostenerse contra las antipatías nacionales. Enrique de Carintia, hijo y sucesor de Meinhardo, que se había casado con Ana, hermana de Wenceslao III, fué proclamado rey y consiguió defender su puesto contra los ejércitos de Alberto. La repentina muerte de éste hizo fracasar la reproducción del ataque que con mayores fuerzas se proyectaba para el siguiente año.

El concepto odioso bajo el cual los contemporáneos de Alberto I presentaron los esfuerzos que hizo para engrandecer el poderío de su familia, fué debido no tanto á los procedimientos de este monarca, que no se diferenciaron esencialmente de los de sus antecesores y sucesores, como á la impresión producida por el escaso resultado que aquellos incansables y violentos esfuerzos tuvieron. Esta opinión desfavorable á Alberto vióse favorecida por la circunstancia del sangriento fin del monarca, que algunos consideraron como castigo del cielo, y que ha sido especialmente explicada á los ojos de la posteridad por el movimiento libertador que casi al propio tiempo estalló en Suiza. Este movimiento, como con frecuencia sucede en hechos semejantes, fué objeto muy pronto, ora de leyendas involuntariamente forjadas, ora de trabajos poéticos y cuentos, que sacaron su principal argumento de la oposición que el héroe suizo hizo

al tiránico carácter del Habsburgo, tan enemigo de la libertad.

Schiller ha popularizado en todo el mundo literario la leyenda de Guillermo Tell; y no solo es doloroso para el sentimiento patriótico de los suizos ver excluida de la historia y relegada á la leyenda como nebulosa sombra la hermosa figura del héroe, sino que aun en el terreno de la leyenda la ciencia ha tenido que cumplir una misión poco grata, destruyendo muchas ilusiones, con las cuales tantas personas se habían encariñado. En efecto, de todas las pruebas que el celo natural de los suizos ha aducido para demostrar la existencia histórica de Tell, ni una sola resiste á un exámen imparcial. Los supuestos documentos que hablan de haber acordado los habitantes de Altorf en 1387 conmemorar periódicamente el recuerdo del héroe, y que citan las discusiones de una asamblea provincial celebrada por los del cantón de Uri en 1388, ante la cual se presentaron, segun se dice, mas de cien testigos afirmando que habían visto y conocido á Tell, son falsificaciones hechas en época posterior; las capillas dedicadas á Tell que en muchos puntos de Suiza se encuentran, nada significan, pues todas ellas son de creación reciente, y en cuanto al nombre de Tell, no se ha podido demostrar ni una vez siquiera que existiera en Uri. Ninguno de los contemporáneos de esta historia la conoce, y en ella aparece una serie de inconciliables contradicciones. La primera vez que encontramos el cuento de la manzana de Tell es en una crónica de Melchor Russ, de Lucerna, de fines del siglo XV, cuento que, segun han demostrado posteriores investigaciones, tiene un sello mitológico antiquísimo que vemos reproducido muchas veces: en el siglo XIII vemos aplicada al héroe danés Toko la misma leyenda, que aparece también en Inglaterra, en Islandia y en Noruega.

Al lado de la leyenda de Tell se desenvolvió, bajo la influencia de los acontecimientos posteriores, otra narración mas política, pero no mas histórica, relativa á las relaciones de los Cuatro cantones suizos con la casa de Habsburgo, encaminada á justificar el levantamiento de los suizos, como hecho que libertaba á éstos de una intolerable tiranía. Estos dos elementos, en su origen completamente independientes uno de otro,—la leyenda de Tell y la de los Cuatro cantones suizos, de fundamento mitológico la primera y político la segunda,—se encuentran por vez primera unidos, en una unión para nosotros familiar pero mas interna que externa, en la relación que el conocido cronista suizo Egidio Tschudi (que nació en 1505 y falleció en 1572) hace de los comienzos de la Confederación. Pero si nos colocamos en el terreno de la historia, ninguna prueba hallamos de violencias ejercidas por Alberto I contra los aldeanos suizos ni de nada que pueda descubrir un carácter tiránico ó una ambición desenfrenada. Por el contrario, entre el rey y los suizos no hubo mas que el desarrollo natural de un odio de antiguo existente, dentro del cual el monarca tenía mas razón de lo que se ha solido creer, por efecto de la leyenda y de las narraciones poéticas de posteriores tiempos.

Los territorios de Uri, Schwytz y Unterwalden (este último dividido en dos á pesar de su unidad de origen y de idioma), situados alrededor del lago de los Cuatro cantones, se encontraban jurídicamente en situación muy distinta unos de otros: como país de la libertad, en el sentido que despues se dió á esta palabra, podía á lo sumo ser considerado el de Schwytz, habitado por aldeanos libres, entre los cuales vivían en posesiones eclesiásticas y conventuales personas siervas. En Unterwalden los siervos eran en número mucho mayor que los libres; en Uri, la inmensa mayoría de la población era sierva, siendo unos súbditos dependientes de la Iglesia y otros vasallos de los antiguos propietarios nobles del país,